

do por las muchedumbres de indios resulta legítima para Mariátegui por razones de estricta justicia: «Lo que da derecho al indio a prevalecer en la visión del peruano de hoy es, sobre todo, el conflicto y el contraste entre su predominio demográfico y su servidumbre —no sólo inferioridad— social y económica» (1928d: 332-333).

La magnitud de este infortunio lo obligará a particularizar obsesivamente en el indio lo que, sin duda, eran problemas más generales. Y así en «Una encuesta a José Carlos Mariátegui», publicada en *Mundial* el 23 de julio de 1926, a la pregunta que Ángela Ramos le formulase sobre «cómo luchar contra el analfabetismo, una de nuestras mayores desgracias», sin que el contexto apuntara hacia otra cosa, Mariátegui respondía:

No soy de los que piensan que la solución del problema indígena es una simple cuestión de alfabeto. Es, más bien, una cuestión de justicia. No la resolverá sólo, un ministro de Instrucción Pública. El indio alfabeto no es más feliz ni más libre ni más útil que el indio analfabeto (1926e: 160-161).

Aludía de esta forma Mariátegui a la proposición de González Prada, asumida como propia, de que la «cuestión del indio, más que pedagógica, es económica, es social». Pero la idea del indio como «cimiento de la nacionalidad» respondía también a razones de progreso: «La necesidad más angustiosa y perentoria de nuestro progreso es la liquidación de esa feudalidad que constituye una supervivencia de la Colonia. La redención, la salvación del indio, he aquí el programa y la meta de la renovación peruana» (1928c: 215).

El indigenismo era entonces algo más que una simple moda estética. Estaba estrechamente articulado a los complejos factores económicos y sociales del momento. «El problema indígena —afirmaba Mariátegui— tan presente en la política, la economía y la sociología, no puede estar ausente de la literatura y del arte» (1928d: 328). Este vínculo con la realidad, que hacía del genuino indigenismo el traductor de «un estado de ánimo, (de) un estado de conciencia del Perú nuevo» (1928d: 328), permitía distinguirlo de otras variedades que respondían a diversos motivos. Extraño a la demanda europea de exotismo que alentaba la tarea «indigenista» del Ventura García Calderón de *La venganza del cóndor* (1924), diferente al trabajo de algunos jóvenes vanguardistas trasladados a París, puro artificio, simple moda literaria, el indigenismo defendido por Mariátegui, de espíritu antioligárquico, de absoluta condena del pasado positivista, respondía al activista proyecto de las vanguardias históricas: reintegrar el arte a la praxis vital. El «indigenismo —dice—, como hemos visto, está extirpando, poco a poco, desde sus raíces, al «colonialismo"» (1928d: 350).

Superando el estrecho ámbito de la estética, su compromiso con el drama real del Perú, su significación social y política, lo diferenciaba notablemente de otros «americanismos» propuestos en el debate sobre la literatu-

ra nacional, contexto imprescindible para la mejor comprensión del pensamiento mariáteguiano, pues lo que en aquél se debatía no eran tanto cuestiones estéticas, aparentemente inocuas, como proyectos nacionales: cómo modernizar el Perú, problemática que a menudo se ocultó bajo la metafísica pregunta de qué es el Perú.

El indio no representa únicamente un tipo, un tema, un motivo, un personaje. Representa un pueblo, una raza, una tradición, un espíritu. No es posible, pues, valorarlo y considerarlo desde puntos de vista estrictamente literarios, como un color o un aspecto nacional (1928d: 332).

El sentido de estas abstracciones se hará evidente en las últimas páginas del *Proceso de la literatura*, cuando Mariátegui reitere una vez más el principal argumento —casi el *Leitmotiv* del libro— por el que los «hombres nuevos quieren que el Perú repose sobre sus naturales cimientos biológicos», por el que «sienten el deber de crear un orden más peruano, más autóctono» (1928c: 215):

A pesar de la conquista, del latifundio, el gamonal, el indio de la sierra se mueve todavía, en cierta medida, dentro de su propia tradición. El ayllu es un tipo social bien arraigado en el medio y en la raza (1928d: 345).

Y el ayllu, la «comunidad» indígena, es un órgano específico de comunismo cuya existencia, señala, bastaría para despejar cualquier duda, si la evidencia histórica del comunismo inkaico —«la más avanzada organización comunista primitiva que registra la historia», afirmará convencido en el editorial del segundo «Aniversario y balance» de *Amauta*— no bastará para despejar cualquier duda (1928b: 78).

En consecuencia, no es extraño que quien advertía al inicio de los *Siete ensayos* su declarada y enérgica ambición «de concurrir a la creación del socialismo peruano» (1928a: 13) concluyese sus reflexiones sobre el indigenismo argumentando que la sociedad indígena, a pesar de su primitivismo o retardo, no dejaba de ser «un tipo orgánico de sociedad y cultura» y que, a semejanza de los pueblos de Oriente, podría encontrar «por sus propios pasos, y en muy poco tiempo, la vía de la civilización moderna y traducir, a su propia lengua, las lecciones de los pueblos de Occidente» (1928d: 346): con otras palabras, podría pasar naturalmente del comunismo inkaico al moderno comunismo, dada «su incorpórea semejanza esencial» (1928b: 78). Este tránsito sin fronteras, sin obstáculos en el que el indigenismo se resuelve en socialismo, arroja esclarecedora luz sobre las defensivas palabras que cerraban los *Siete ensayos*: «Por los caminos universales, ecuménicos, que tanto se nos reprochan, nos vamos acercando cada vez más a nosotros mismos» (1928d: 350).

La romántica idea de un régimen comunista en el Perú prehispánico, ingenua respuesta a los complejos problemas del país, tuvo gran predicamento en la generación de Mariátegui. Los estudios de Luis E. Valcárcel e Hildebrando Castro Pozo, de notable influjo sobre el autor de los *Siete ensayos*, contribuyeron a este prestigio. De hecho, la tesis ya casi era vieja para entonces: en *El Perú antiguo y los modernos sociólogos* (1908), Víctor Andrés Belaúnde revisaba los trabajos de Spencer, Cunow, de Greff, Pareto y otros, concluyendo lo artificioso de «encontrar en el viejo Perú barato arsenal de razones a favor de la tesis socialista, o en contra de ella» (1908: 133). También Jorge Basadre en 1929, contra corriente, señaló acertadamente la separación absoluta entre el socialismo moderno y el modelo del viejo Perú, muy próximo al discutido modo de producción asiática, la extrañeza profunda entre el «señor don Carlos Marx y Pachacútec» (Basadre 1929: 21-22).

En cualquier caso, la consideración del indio como representante de este «tipo orgánico de sociedad y cultura» llevó a Mariátegui al rechazo de mestizismos y de otras razas. Por eso y no sólo por su idealismo, el rechazo del utopista Vasconcelos; por eso, la negativa al mestizaje que «ha producido una variedad compleja, en vez de resolver una dualidad, la del español y el indio» (1928d: 340). Mucho más extremado se mostraba Valcárcel cuando en el «Ideario» de *Tempestad en los Andes* expresaba:

La raza del Cid y don Pelayo mezcla su sangre americana. A la violencia del asalto de los lúbricos invasores, sucede la tranquila posesión de la mujer india.

Se han mezclado las culturas.

Nace del vientre de América un nuevo ser híbrido: no hereda las virtudes ancestrales sino los vicios y las taras. El mestizaje de las culturas no produce sino deformidades (1927: 107).

Lamentablemente, en su afán por preservar el germen del comunismo autóctono, por demostrar la prioridad del indio como basamento de la nueva nacionalidad, Mariátegui enfrentó con evidentes prejuicios la aportación de otros grupos humanos del Perú. En estas desafortunadas páginas el fundador del Partido Socialista Peruano juzga que cuando el negro «se ha mezclado al indio ha sido para bastardearlo comunicándole su domesticidad zalamera y su psicología exteriorizante y mórbida» (1928d: 334).

En su opinión, ni chinos ni negros han contribuido a la formación de la nacionalidad con valores culturales o energías progresivas; tan sólo con vicios: «El chino (...) parece haber inoculado en su descendencia el fatalismo, la apatía, las taras del Oriente decrepito (...) El aporte del negro, venido como esclavo, casi como mercadería, aparece más nulo y negativo aún. El negro trajo su sensualidad, su superstición, su primitivismo. No estaba

en condiciones de contribuir a la creación de una cultura, sino más bien de estorbarla con el crudo y viviente influjo de su barbarie» (1928: 341-342).

Estas aprensivas reflexiones —que, según su autor, no atendían al color de la piel, sino a la inobjetable inferioridad de cultura— impregnaban la corriente indigenista de un irracional racismo, por más que fuera el de los oprimidos, como ya apuntara Gutiérrez Girardot (1986: 23-24). Quizá por ello César Vallejo se preguntará en el carnet de 1932: «¿Sólo los indios sufren y no los cholos y hasta los blancos?».

Al respecto, no deja de llamar la atención que el Amauta, en la entrevista concedida a *Variedades* en 1923, declarase a Colón el personaje histórico que más admiraba; que en la concedida a la misma publicación cinco años después, con motivo del Día de la Raza, no desmintiera el viejo entusiasmo.

El racismo de este indigenismo socialista evidencia la dificultad —mal resuelta— de integrar la voluntad de reivindicar el lado indígena del país y la decisión de modernizar sociedad y cultura a través de la única vía del socialismo.

El indigenismo tenía una misión por desempeñar: encauzar y liquidar los residuos de un Perú feudal. De ahí su comparación con la literatura mujikista rusa:

Este indigenismo (...) podría ser comparado —salvadas todas las diferencias de tiempo y de espacio— al «mujikismo» de la literatura rusa prerrevolucionaria. El «mujikismo» tuvo parentesco estrecho con la primera fase de la agitación social en la cual se preparó e incubó la revolución rusa. La literatura «mujikista» llenó una misión histórica. Constituyó un verdadero proceso al feudalismo ruso, del cual salió éste inapelablemente condenado (1928d: 328).

La comparación entrañaba, entonces, también un deseo, tal vez una convicción: que la literatura indigenista, como la que se ocupó de los mujikistas, fuese igualmente prerrevolucionaria:

La literatura indigenista no puede darnos una versión rigurosamente verista del indio. Tiene que idealizarlo y estilizarlo. Tampoco puede darnos su propia ánima. Es todavía una literatura de mestizos. Por eso se llama indigenista y no indígena. Una literatura indígena, si debe venir, vendrá a su tiempo. Cuando los propios indios estén en grado de producirla (1928d: 335).

Esta distinción entre literatura indigenista y literatura indígena significaba el ingreso de las letras peruanas en su período nacional, avalado por los logros sociales.

Curiosamente, este proceso literario, que arranca del período colonial y que Mariátegui juzga excepcional, se asemeja de manera sospechosa al proceso que él mismo traza de las letras universales en sus varios artículos. Así, la literatura del período colonial, superviviente en la obra de Riva Agüero y la llamada generación futurista, como encarnación de lo oligárquico, lo